

“Historia y Cambio”. Una relectura a la luz del magisterio del papa Francisco

Universidad del Salvador
Vicerrectorado de Formación



Universidad del Salvador Vicerrectorado de Formación

Historia y cambio : una relectura a la luz del magisterio del Papa Francisco / 1a ed adaptada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad del Salvador, 2023.

60 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-950-592-306-9

1. Teología. 2. Jesuitas. I. Título.

CDD 262.1309

Fecha de catalogación: 03/03/2023

© 2023, Ediciones Universidad del Salvador
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Buenos Aires, Argentina.

Índice

Introducción	5
Carta de Principios “Historia y Cambio”: continuidad del espíritu jesuítico	7
Palabras pronunciadas por el R.P. Jorge M. Bergoglio S.J., Rector del Colegio Máximo de San José, Presidente del Área San Miguel, el 19 de diciembre de 1984	15
20 años después. Una memoriosa relectura del documento “Historia y Cambio”	25
Una relectura de la “Carta de principios” de la Universidad del Salvador a la luz del magisterio del papa Francisco	39

En 2023 se cumplen diez años de la asunción de Francisco al pontificado. Para la comunidad educativa de la Universidad del Salvador esto supone una doble celebración: por un lado, la alegría de contar con el primer papa latinoamericano y argentino, por otro, que se trate de una persona tan relevante y valorada por esta casa de estudios.

La Universidad del Salvador es una institución confesional católica fundada por la Compañía de Jesús que, desde mediados de la década del setenta, es conducida por un Consejo de laicos. Este traspaso a la nueva conducción no supuso perder la identidad jesuita que caracterizó a la institución desde sus comienzos, ya que el compromiso por continuarla quedó plasmado en la denominada Carta de principios “Historia y Cambio”, escrita por el entonces R. P. provincial Jorge Bergoglio S. J.

El Vicerrectorado de Formación, cuya función primordial es colaborar con el Rectorado para lograr la formación integral de los estudiantes a través del dictado de las asignaturas filosóficas, teológicas y éticas y de llevar adelante diversas instancias pastorales, ha asumido el compromiso de difundir el pensamiento y la palabra de Francisco. Por ese motivo, se consideró oportuno elaborar la presente publicación en referencia a esta primera década de pontificado, a fin de ofrecerla a la comunidad universitaria y a las futuras generaciones de la Universidad.

Dividimos esta obra en dos partes: en la primera, se podrá encontrar la “Carta de principios” del año 1974, denominada “Historia y Cambio”, y luego las dos relecturas posteriores que el R. P. Jorge Bergoglio escribió en los años 1984 y 1994. En la segunda parte, un escrito elaborado por un grupo de investigadores formado por estudiantes, docentes y administrativos de la Universidad del Salvador, que emprendieron el desafío de releer comunitariamente los escritos heredados a la luz del magisterio actual, para luego comunicar de manera sencilla pero profunda las conclusiones obtenidas.

“Historia y Cambio”. Una relectura a la luz del magisterio del papa Francisco

Esperamos que la lectura de estos textos colabore en seguir profundizando la identidad de la Universidad del Salvador, enraizada en esos principios, para iluminar su presente y futuro.

“Historia y Cambio”: continuidad del espíritu jesuítico¹

En el transcurso del año 1974 la Universidad del Salvador vive el proceso que va a culminar en el desligue, momento de su historia en que la Compañía de Jesús confía su conducción a los laicos de la Asociación Civil. Cuando la Universidad, a través del Consejo de Laicos manifiesta la intensa necesidad de preservar su identidad, el R. P. Provincial le presenta el Documento “Historia y cambio”, donde quedan delineados los puntos en los que la Nueva Universidad del Salvador deberá apoyarse para ser fiel a sí misma, para rescatar su *“continuidad en el espíritu jesuítico: lucha contra el ateísmo, avance mediante el retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias”*.

Estos tres pivotes orientarán la espiritualidad y la misión de la Universidad del Salvador. Será una Universidad *“fundada en la fe, es decir crítica e innovadora”*, una institución que, llevada por un sentido trascendente, religioso de la vida, ponga de manifiesto la crisis del ateísmo moderno -desde su perspectiva inmanente-, su imposibilidad de juzgar globalmente la aventura del hombre contemporáneo. Una Universidad cuya acción hacia adelante sea fiel a las fuentes marcadas por la institución organizante de San Ignacio de Loyola. Una Universidad que asuma la *“seguridad de que la verdad encarnada solo se muestre en el juego diverso de lo creado”*.

¹ Revista del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América, Número 1, 1992.

Carta de principios: Historia y Cambio

“Sé muy bien que más de una vez os atormento cuando parece que impongo nuevo peso a hombros ya en demasía sobrecargados; tomad ... las obras ya comenzadas, no como si tuviésemos la obligación de seguir conservándolas todas; antes bien, analizad con otros ojos, como si ahora por primera vez se tratase de establecer la provincia desde sus cimientos, lo que tenéis y lo que todavía no tenéis. Abandonad con fortaleza lo que es de menos importancia, emprended lo que de veras la tiene mayor ...”

Padre Janssens S.J.

*Vieja y Nueva Universidad del Salvador Su continuidad en el
Espíritu Jesuita Tres rasgos salientes*

A- Lucha contra el ateísmo

El ateísmo moderno es un tema cargado de significaciones; una de ellas tiene especial interés para la construcción de una Universidad distinta: se trata de las consecuencias que acarrea la ausencia de un sentido trascendente (religioso) de la vida, en la comprensión de los fenómenos históricos y sociales.

El mundo moderno es una suerte de despliegue triunfante de las más diversas experiencias históricas. Tanto el capitalismo como el marxismo han realizado plenamente su sentido en grandes estados y colosales imperios.

La realización práctica de las ideologías básicas de la época toma necesaria, como contrapartida, la determinación de sus límites, como paso previo a su superación.

Mientras las grandes ideologías eran solo propuestas más o menos abstractas y no realizadas, se creyó ingenuamente que sería su propia dinámica inmanente la que fijaría sus límites. Transformadas en realidad, convertidas en camino recorrido durante

décadas, la situación es otra. Lo inmanente no ha cumplido con sus promesas. Se necesita ahora una visión distinta, aunque no siempre opuesta, que las trasciende. En breve: es preciso un criterio trascendente, una actitud religiosa para juzgar eficazmente a la historia.

Solo lo trascendente permite recuperar la noción del salto definitivo hacia la liberación, y a través de esta noción profundamente religiosa, volver a lo cualitativo y a lo distinto. Sin lo trascendente, no es el hombre el que empuja la historia, sino las fuerzas inertes del progreso técnico. Si se ausenta, es imposible comprender el fin de una época y la posibilidad de una civilización distinta se esfuma en una infinitud “progresista” de signo tecnocrático.

La crisis del ateísmo moderno reside en su incapacidad para juzgar globalmente las grandes aventuras del hombre contemporáneo. Su inmanentismo le impide totalizarlas e ir más allá de lo meramente cuantitativo. No supera los límites del mundo moderno porque no los encuentra, limitándose a colocar el futuro en la extensión indefinida de experiencias históricas que considera esencialmente inmodificables.

Ante el encierro ateo, resurge con toda su fuerza la necesidad de un sentido trascendente de la vida, aproximándose el más grande renacimiento religioso que ha conocido el hombre.

No existe en nuestros días un pensamiento verdaderamente crítico que no cuente con una dimensión trascendente; es el único capaz de innovar críticamente experiencias históricas que llevadas por su inmanencia han terminado en lo puramente cuantitativo.

La lucha contra el ateísmo, en síntesis, no se diferencia de la crítica trascendente al mundo contemporáneo.

En esta tarea, el mayor aporte obtenido por el pensamiento trascendente proviene de su antagonista ateo.

Así como el futuro se elabora a partir de lo actual, también la actitud trascendente que guía su construcción incorpora, me-

diante el discernimiento, los elementos del ateísmo que comportan una crítica válida a las manifestaciones enajenantes y a las civilizaciones tramposas de lo religioso.

El renacimiento religioso que aguarda el mundo volverá a lo esencial de sí mismo, atravesando el ineludible tamiz crítico del ateísmo moderno; así alcanzará su mayor triunfo ante el más temible de sus adversarios, al incorporar a su seno lo mejor y lo más válido que este posee.

En esta perspectiva actuará la Nueva Universidad del Salvador: será una Universidad fundada en la Fe, es decir, crítica e innovadora.

El nuestro es un pueblo fiel; un pueblo creyente. Esa es su fuerza.

Esa Fe popular ha sido -y es- despreciada por la soberbia ilustrada que, en su ceguera, la ha calificado sucesivamente de credulidad y alineación.

Pero la Fe de nuestro pueblo es más profunda que sus críticos. Y así muestra que su cristianismo no es un formalismo teórico, superficial y feble, sino una práctica concreta y cotidiana, de amor y solidaridad. Para él, Jesucristo no es solo un Dios, sino Aquel que dejó el amor entre los hombres.

Y este, como lo saben en el fondo de su alma los más fríos escépticos, es la única fuente de los cambios profundos, el único sustento de una revolución por la justicia y la paz.

B- Avance mediante el retorno a las fuentes

El futuro se alcanza profundizando el camino recorrido. Es un proceso de vuelta a los orígenes, o mejor dicho, de afirmación de las diferencias.

No es un intento de crítica externa de la experiencia realizada, sino la asunción como propia de una travesía de la que se es parte.

En cambio, por eso, no consiste en la imitación servil de modelos ajenos o en el abandono de lo propio, sino en la conti-

nidad crítica de los movimientos populares del signo nacional, protagonistas esenciales de la Argentina moderna.

Más aún, el resurgimiento cultural de la América Latina exige retornar a las líneas maestras de su tradición hispánico-indígena, como fundamento del cambio revolucionario hacia un futuro en el que se reconozca.

Exactamente el mismo criterio debe aplicarse a la construcción de la Nueva Universidad del Salvador. Por eso, el espíritu que debe presidirla es el mismo con que la Compañía de Jesús ha reconsiderado su misión apostólica global.

C- Universalismo a través de las diferencias

Desde los comienzos de su historia, la Compañía de Jesús comprende y respeta las diferencias históricas, culturales y psicológicas que confieren su sello intransferible a los pueblos de la tierra.

Empujada por el espíritu evangélico de su fundador, afirma desde sus inicios el contenido universalista de su acción. Una es la verdad de Cristo, pero múltiples e intransferibles sus manifestaciones históricas y humanas. Solo en el juego diverso de lo creado se muestra la verdad encarnada.

No es extraño que la Compañía enfrente a la entonces naciente pretensión liberal-burguesa de homogeneizar la realidad histórica y humana del mundo, mediante la acción conjunta del centralismo estatal y el racionalismo iluminista, en detrimento de la riqueza multifacética de lo creado.

Entre las experiencias misioneras más importantes de la Iglesia, se encuentran las que han sido obra de la Compañía de Jesús. En China como en el Río de la Plata, la Compañía se niega a ser la justificación religiosa de la expansión europea, al brindar a los pueblos misionados los elementos organizativos y sociales que les permitieron el libre desarrollo de su individualidad cultural, integrándolos en lo universal a través de una Fe sentida como propia.

La Compañía es fundacionalmente universalista; y por ello contraria a los internacionalismos homogeneizantes que, por "la razón" o por la fuerza, niegan a los pueblos el derecho a ser ellos mismos.

Cuando en este momento de su trayectoria varias veces centenaria, enfatiza el apostolado social, dirigiéndose al encuentro con los agentes de cambio -los pueblos- no hace más que retornar a su sentido originario, criticando con inusitada valentía sus desviaciones históricas.

Superado el largo repliegue histórico iniciado a mediados del S. XVIII, durante el cual debió aceptar, por lo menos tácita y parcialmente, las reglas de juego de su adversaria, la sociedad del lucro y el individualismo, la Compañía vuelve a desplegar a pleno sus banderas iniciales de comunidad, fe y disciplina, al servicio de los pueblos.

Concibiendo el apostolado social como la inmersión religiosa en la vida de los pueblos, la Compañía afirma prácticamente, que solo a partir de esa concreción es factible la construcción de una sociedad más humana, es posible "hacer la Justicia".

Y es allí, en los pueblos -personas estructuradas por antonomasia- que la Iglesia reconoce y reafirma -y dentro de la Compañía- su sentido de disciplina y su concepto de organización.

Coherentemente, la Congregación General XXXI, orienta el apostolado de la Educación hacia las "... soluciones de tipo regional dada la gran variedad de circunstancias de unos países con respecto a otros y por el hecho que nuestra enseñanza constituye solo una parte muy pequeña del conjunto educacional de cada Nación".

Jorge Mario Bergoglio, S.J. Provincial
Buenos Aires, 27 de agosto de 1974.

Palabras pronunciadas por el R.P. Jorge M. Bergoglio S.J., Rector del Colegio Máximo de San José, Presidente del Área San Miguel, el 19 de diciembre de 1984¹

1. La Universidad del Salvador –desde su nacimiento- tuvo una característica sobresaliente: no cayó en la tentación de “copiar” estructuras y organizaciones universitarias ajenas a nuestro sentir religioso y nacional, sin que por ello llegara a configurar una Institución clausurada en un nacionalismo retórico o narcisista. Esto ha salvado a la Universidad del triste híbrido resultado intelectual en el que se entremezclan los problemas nuestros con las soluciones ajenas, “internacionales, objetivas, asépticas”, lo cual no quita que -en situaciones parciales- se haya caído en problemáticas de este tipo. Pero su origen fue otro. En su concepción misma tiene la capacidad de superar el mero convertirse en “civilizadora”, en el sentido de realizar una sustitución cultural que no se nutra de la Nación a la cual debe servir.

2. En la Carta Magna de la Universidad se habla de tres lineamientos: lucha contra el ateísmo, retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias. Más que objetivos a lograr son principios rectores de la formulación y planificación académica. Tales principios están encadenados, puesto que no se puede concebir el logro de alguno de ellos sin que lo propio se dé simultáneamente en los otros. Desde nuestra perspectiva argentina, la lucha contra el materialismo ateo se sustenta en la profunda fe de nuestro pueblo fiel, piedad popular arraigada por la humanidad y esperanza del hombre que no se halla sometido a las terribles fuerzas de la enajenante sociedad consumista o a la razón fí-

¹ *Revista del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América*, Número 1, 1992.

sico-matemática de la intelectualidad cientificista; piedad que es parte de su ser ya que proviene de su fundación cultural hispano-indígena. De ahí que la verdadera liberación, para nuestro modo de sentir, es la del materialismo ateo (forma supina del pecado) y esta liberación se hace en parte afirmando -como base- justamente nuestro modo de ser corno pueblo, y la profundización del camino recorrido y el retorno a las fuentes no son otra cosa que la afirmación de nuestra propia naturaleza, es “ser” frente a la agresión de las ideologías. El universalismo nace de esa misma percepción cultural, como universal concreto (al decir de Santo Tomás) y se contrapone a todo tipo de pseudouniversalismo que tenga su origen no en la concepción de la naturaleza misma de la persona o de un pueblo; se contrapone -por tanto- al internacionalismo, al cosmopolitismo, al desarraigo cultural.

3. Teniendo en cuenta estos principios rectores comprendemos mejor nuestra misión, la que hemos recibido de la Iglesia y que ahora nos desafía a transformar -día a día- la Universidad en uno de los artífices de la identidad y proyección cultural argentinas; en un eficiente instrumento de formación y renovación de cuadros dirigenciales argentinos; en un centro de investigación y análisis consecuente con los principios enunciados; en un modelo de extensión a la región latinoamericana, hoy día tan conmovida por la violencia extremista de la izquierda, de la derecha... y del centro. Progresando en esta transformación debemos explicitar más y más la misión apostólica de la Universidad, porque el anuncio de Jesucristo solamente puede darse en plenitud si está liberado de la trama engañosa de las ideologías; y -en el plano cultural, como es el de una Universidad- si logra hacerse presente en la evangelización de las culturas y en la inculturación del Evangelio.

4. La Universidad del Salvador tiene la oportunidad no común de realizar esta misión. Desde hace diez años carga con la respon-

sabilidad -en manos de laicos- de llevar a la práctica la Carta de Principios “Historia y Cambio” (que no es otra cosa que la explicitación de lo que estaba ya en su misma misión fundacional). Estos principios rectores, que han de concretarse en objetivos, no son ya antojo intelectual o veleidad de moda, sino una expresión de la Misión encomendada, en su momento, por la Compañía de Jesús a la Universidad, que implica el deber fundamental de anunciar, en medio del avance técnico y del movimiento social, la debida perspectiva del Hombre frente a Dios, a sus hermanos y frente a las cosas, lo cual sólo es posible si se anuncia a Jesucristo como clave de tal perspectiva.

5. Estos diez años transcurridos son historia de la Universidad y, como tal, han contribuido a su crecimiento. En ellos se han observado diversas circunstancias, mejores y peores, pero todas ellas integran ya la historia, constituyen algo que ya es nuestro y que no podemos negarlo, si queremos seguir adelante. Todo crecimiento, todo camino hacia la madurez tiene algo de traumático, porque implica dar un paso que, como somos católicos, reconocemos ha de estar signado por el aura de la cruz, y la cruz, único parámetro de nuestro recto crecimiento, siempre conlleva un trauma. Por ello, el seguir creciendo requiere, como contrapartida, una progresiva unificación de los hombres en torno a la misión y principios rectores que los convocan y a los objetivos que comparten. Una institución sin una doctrina que la informe es como un cuerpo sin alma, se transforma en un fin en sí misma y ahoga a los hombres en ambiciones subalternas e intereses de círculo. Nosotros tenemos doctrina, y no queremos negociarla. De ahí el renovado recurso a la Carta Magna “Historia y Cambio” que se nos pide hoy.

6. Si quisiera explicitar *algunos corolarios actuales de esta doctrina* nuestra, corolarios que ayudarán en nuestro progreso como Institución, señalaría los siguientes: la reafirmación de la

persona, la reconciliación generacional, la corrección del egoísmo para lograr un mayor sentido de comunión y participación, el sentido social y nacional.

7. La reafirmación de la persona.

En la sociedad moderna se busca cada vez más la condicionalidad ilimitada del hombre; el proceso necesario de la socialización (en la educación, salud, bienestar, participación, etc.) ha conducido en gran medida a la manipulación o insectificación del hombre. Se ha olvidado -o querido olvidar- lo específicamente humano, y esto en favor de los grandes números. Considero necesario, en la hora actual, que enseñemos a comprender a cada hombre como un acto particular, único e irremplazable, amado particularmente por Dios nuestro Señor. En otras palabras: considerar al hombre como persona. Y los esfuerzos que -como directivos, docentes y no docentes- hagamos en favor de nuestros alumnos no es sano que estén orientados a “todos”, así en general, sino a cada uno, en cuanto persona y por tanto formando parte de una comunidad de personas. Este “cada uno” conlleva en sí el “universal concreto” que nos abre a todos los hombres.

8. La reconciliación generacional.

En la sociedad moderna la tecnología ha impuesto un ritmo de desarrollo sorprendente. Esto es positivo. Ha posibilitado el acceso a mejores condiciones de vida a un número cada vez mayor de personas. Con todo, no están ausentes ciertas condiciones negativas dentro de ese desarrollo. Y como ningún cambio es puramente técnico, y como las ciencias positivas carecen de hermenéutica propia sino que la toman de las cosmovisiones humanísticas o ideológicas, todo esto ha traído aparejado cambios de valores, costumbres y creencias. La celeridad del cambio (sociológicamente denominada “la rapidación”) y la convicción errónea de que el hombre puede crear una nueva cultura por su pro-

pia decisión y racionalidad prescindiendo de la referencia a otros valores, ha conducido o puede conducir a la fractura generacional. Muchos padres se sienten incapaces de enseñarles algo a sus hijos. Y, en consecuencia, también la tarea educacional entra en crisis toda vez que se ha fracturado el vínculo de transmisión de valores, el diálogo generacional. Muchos educadores sucumben a la fascinación de la creencia de que los valores son tan distintos que nada hay que transmitir. Por otra parte se destruye también la estructura jerárquica de la familia transformándola o en un simple contrato social o -peor aún- en una comunidad de “amigos”. Y al no asumir el rol de padres se desdibuja el de hijos; y éstos -a su vez- no sabrán, el día de mañana, ser padres con sus respectivos hijos.

El así llamado enfrentamiento generacional tiene también otra raíz, además de la recientemente mencionada inherente al ritmo de cambio: es la debida al egoísmo social o institucional. La cristalización de las estructuras, el rechazo a todo crecimiento, el aferrarse estéril a todo lo obtenido, cierran el camino a la integración de los jóvenes. Ese deseo de mantenerlos siempre jóvenes para que no compitan lleva a la fractura generacional, a la rebelión (con la subsiguiente fractura social) o a la sumisión (con la consiguiente secuela de falta de adultez).

En la base de ambas formas de distanciamiento generacional subyace una profunda agresión a los jóvenes: o se los agrede tratándolos como adultos, como si los mayores tuvieran que aprender todo de ellos; o bien tratándolos siempre como niños sin abrirles los cauces del crecimiento maduro. Esta agresión básica se origina por considerar a la juventud no como una fuerza social (encuadrada en instituciones que son marco de seguridad de su crecimiento y su vida: familia, escuela, universidad, etc.), sino como una fuerza política, aislada y -por ende- manipulable. Todo esto supone egoísmo.

9. La corrección del egoísmo.

Pero, ¿cómo se destierra el egoísmo? Un camino podríamos encontrarlo en la reflexión sobre sí mismo, sobre la propia naturaleza, sobre la vocación cristiana, sobre el camino recorrido. Es una pena que la exaltación del individuo que produjo el liberalismo no haya dejado históricamente una mayor tendencia del hombre hacia esa introspección. Dejó, en cambio, y como una de sus secuelas más perniciosas, la incapacidad del hombre moderno de estar a solas consigo mismo. Se llegó incluso, a través del psicologismo, a fabricar una pintura dogmática de su interioridad, de manera que se tornaría innecesario -e incluso imposible según ese “dogma”- conocerse por sí mismo. Se quiso quitar todo juicio de valor sobre la conducta, pues se la concebía siempre explicable y justificable por relación causal (mecanicista) con experiencias pasadas, no existiendo en la práctica ni responsabilidad ni libertad, ni bien ni mal. Se pretendió suplir la responsabilidad inherente a los propios actos libres por una teoría de conducta (el behaviorismo en sus múltiples versiones) cuyo irónico resultado no es otro que plasmar hombres de buenos modales... y malas costumbres.

El lento camino para desterrar el egoísmo lleva toda la vida, pero hay que proclamarlo como un camino viable, el único viable, a través del continuo crecer de la conciencia moral, radicada fundamentalmente en el conocimiento de sí mismo, de la propia interioridad, “insistiendo” sobre ella y descubriendo en ella la ley natural sellada por Dios.

Para un educador, la lucha contra el egoísmo cristaliza necesariamente en una realidad: *el ejemplo de vida*. No es válido, según nuestra concepción, el alto nivel profesional si éste no resulta una expresión más de la coherencia de vida. Pienso que, en este aspecto, debemos crecer en conciencia. A modo de ejemplo concreto: me preocupa la situación de irregularidad familiar de algunos, y pienso que -sin quererlo- caemos en el juego liberal de

distinguir entre la “vida privada” y la “vida profesional”; y esto no es formativo, sino más bien deformante para la conciencia juvenil.

10. El sentido social y nacional.

El bien supremo se realiza en lo social; la reflexión ética del individuo culmina en la vocación política que busca el bien común, el del entorno concreto (el nacional) y -por él- el universal. No podemos, si queremos desterrar el egoísmo, prescindir de esta ulterior proyección del compromiso ético. En nuestra formación universitaria no podemos hacerles el juego a los diversos eticismos de moda, algunos de ellos fascinantes con la asepsia propia de quien confunde universal con abstracto o internacional. A un conocimiento y a una capacitación que se base en una ética y una moral, que se desarrolle por la reflexión frente a la asimilación dogmática de arquitecturas formales y aparentes, y que tenga una finalidad que se realiza en lo social y lo nacional, a esto no podemos renunciar. Este es el sentido que hay que darle a esa pauta tradicional en el apostolado de la Compañía de Jesús: la formación de dirigentes (en este caso nacionales, latinoamericanos, universales).

Creemos un deber despertar vocaciones que surjan de opciones éticas en este sentido.

11. Todas estas reflexiones, tendientes a enmarcar nuestra concepción que inspira el apostolado universitario, afectan también a nuestro modo de proceder (no sólo en los contenidos), modo de proceder en la administración y conducción central, en la de las unidades, en la docencia, en la formación toda.

Y, en primer lugar, señalaría que se impone una franca renovación del *sentido del trabajo*, que configura esa laboriosidad honda frente a un mundo que nos pide ser moldeado, laboriosidad que confiere dignidad. Un hombre o una mujer que carezca

de tal laboriosidad o la haya suplido por las varias coartadas del así llamado jet-set, no es una persona digna. Nuestro trabajo es misión de Iglesia. Recuperar, pues, la dignidad a través del medio que Dios quiso dar a los hombres para ello: el trabajo de las manos y el sudor de la frente.

Sentido del trabajo que nos libere de cualquier otra fantasía tendiente a presentarnos la actividad en la Universidad como promoción de nuestra persona o nuestra profesión.

Sentido del trabajo que conlleva austeridad, dedicación, sacrificio, ese cotidiano -y a veces tedioso- estar en la institución.

Sentido del trabajo que nos lleva a ser artesanos en su sentido más noble, el mismo sentido en el que Dios es artesano: alfarero de almas.

Por otra parte, este sentido de laboriosidad nos ayudará a corregir aspectos todavía endebles en la Universidad, aspectos que nosotros mismos iremos viendo sobre la marcha y que no es el caso señalar aquí.

El sentido del trabajo hará que nuestra actividad esté signada por la humildad y la modestia contra toda pretensión de egoísmo que procura encarnarse en lo espectacular y en las apariencias. San Ignacio gusta describir a Jesús trabajando y predicando “por las sinagogas, villas y castillos” (EE 91) sin ninguna artificialidad, sino más bien en suma humildad: “en lugar humilde, hermoso y gracioso” (EE 144). Es propio del mal espíritu procurar la espectacularidad. Como no tiene luz ni la puede dar, lo único que le queda es “fascinar” (cfr. EE 140). El Señor, en cambio, porque es la Luz, ilumina mansamente y siempre.

12. Muchas veces consideré el rico caudal de vida que tiene esta Universidad. Esta pujanza de vida le permitió surgir sin medios casi y superar situaciones que, en otras circunstancias, hubieran terminado con ella. Universidad que fue pergeñada por hombres lanzados y laboriosos, por hombres que creían en la misión reci-

vida. Vida que hay que cuidar en todos los estratos: directivos, docentes, no docentes, egresados... Esta vida tan rica se percibe también en los alumnos. Ellos son, como lo indicara una vez la Ilma. Srta. Rectora, lo menos permanente y -a la vez-lo más importante de la Institución. Y donde hay vida hay problemas, pero problemas de los buenos, de los que surgen del crecimiento, de esos que piden a gritos ser atendidos porque -en ese reclamo-subyace el deseo de ser conducidos, de ser ayudados en el crecimiento. No se trata de los problemas de laboratorio, inventados por los maestros de las ideologías, cuyo resultado final es la dispersión, la falta de pertenencia. Por supuesto que -de cuando en vez- estos surgen también. Pero no hemos de tenerles miedo si sabemos atender a los otros problemas, los de la vida, generadores de cosechas generosas.

13. Los alumnos: lo más importante y lo más pasajero... Esto nos refiere al tiempo. Para cada alumno contamos con un tiempo muy limitado. Realidad ésta que nos invita al sabio aprovechamiento. Pero -y hablé de cosecha- el resultado de nuestra formación trasciende el tiempo limitado para cada alumno. El grano queda, bueno o malo, pero queda. Una vez terminado el trabajo, una vez hecha la cosecha, ese tiempo vuelve a nosotros, a nuestras manos, y quedará allí hecho cosecha abundante, mediocre o magra, hasta que termine el tiempo de la libertad y debamos presentarlo en ese ofertorio definitivo, al final de nuestra vida, en el juicio de Dios. Que ese día no escuchemos el iracundo “siervo malo y perezoso”, o “porque escandalizaste a uno de estos pequeños más te hubiera valido atarte una piedra de molino al cuello y arrojarte al mar”... sino más bien el otro decir divino, manso y feliz: “siervo bueno y fiel”.

20 años después. Una memoriosa relectura del documento “Historia y Cambio”¹

Palabras pronunciadas por S.E.R. Monseñor Jorge M. Bergoglio S.J., con motivo de los 20 años del documento “Historia y Cambio”

Introducción

1. En aquellos días de marzo de 1975, se plasmaba lo que el 12 de julio de 1973 el P. Arrupe había encomendado a la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús: *refundar la Universidad del Salvador*. “Refundar” en su sentido etimológico: volver a aquello que le dio fundamento, volver a la fuerza inspiradora y constructora de los pioneros de este proyecto. En aquellos días se volvió a vivir la “mística fundacional”. ¡Cuántos recuerdos! Pasaron 20 años... Muchos se han esforzado por mantener esta mística buscando, en los momentos de decisión y de conflicto, la inspiración en aquellos días. Y, como en toda historia, también existieron los que dejaron debilitar la mística, la dejaron “cansarse” en el quehacer cotidiano... y -cuando no se apagó- quedó reducida a brumosos recuerdos más acordes quizá con la palidez de un cuadro de Millet. La vigencia de una mística se va perdiendo de a poco, sin darse cuenta casi, en las sucesivas circunstancias con que la vida la maltrata: el funcionalismo, las diversas formas de corrupción, la lucha de “internas”, la tristeza del corazón, etc. ... Por otra parte, toda verdadera mística es fundamentalmente agresiva: se impone hacia afuera de la Institución pero no con violencia tiránica sino más bien con esa mansedumbre que nace de la sabiduría. También hay otra realidad a tener en cuenta: desde 1975 hasta ahora, nuestro medio externo universitario ha cambiado. Se han multiplicado los Institutos educativos

¹ *Signos Universitarios*, Año XIII/ N 26, 1994.

universitarios y -con dolor- notamos que algunos de ellos parten de “aprioris” no condicentes con la “universitas” ni con la dignidad de las personas: por ej. se habla de la rentabilidad per cápita de una Universidad privada, al alumno se lo llama “cliente” y todo parece reducirse a una transacción mercantil, cuando no a una expresión más de la seductora hambre de consumo de nuestra cultura actual.

2. En situaciones así solo cabe una solución: mirar atrás y “recuperar la memoria” del camino andado. Se trata de esa dimensión deuteronomica de la existencia cristiana que se abrega no precisamente en misiánicas promesas economistas o funcionalistas sino en la limpidez y frescura de las aguas de aquel primer manantial que le dio fundamento. Tanto frente a la pérdida de la mística interior de esta Institución como frente al medio ambiente mercantilista circundante, me parece nos hará bien hoy, al cumplirse 20 años del Documento “Historia y Cambio”, hacer un esfuerzo por recuperar la memoria, y que esta recuperación sea un nuevo punto de partida inspirador para las decisiones futuras. Por ello propongo, 20 años después, una memoriosa relectura de “Historia y Cambio”, de sus tres principios rectores: *lucha contra el ateísmo; avance mediante el retorno a las fuentes; universalismo a través de las diferencias.*

3. Cuando hace 20 años escribí la *Carta de Principios* no imaginábamos el curso que tomaría la historia. Estábamos situados frente a un espíritu cientificista o utilitario; frente a sistemas e ideologías claros y sistemáticos. Hoy, en cambio, las poderosas estructuras de la Modernidad se desgranán irremediabilmente y a ese resto de su naufragio (que compartimos) lo llamamos con cierto pudor intelectual: “la posmodernidad”. El desafío histórico contiene toda la ambigüedad de una crisis y el hombre de hoy tiende -por inercia- a reconstruir lo que fue “el ayer”, cuando solo tiene en sus playas los restos de un viaje trunco. Por ello no

nos extrañemos si en la galería del mundo actual encontramos raras convivencias de odios raciales o tribales al lado de predicadores de la paz y armonía con el cosmos, adoradores de cibernéticas y computadoras junto a modernos “yoguis” de la meditación trascendental, la frenética búsqueda de la mejor calidad de vida mientras un cada día más creciente número de personas decrece en su miseria y otros desfallecen de hambre. Todo este panorama aparece englobado por una tendencia de los poderes y dirigencias responsables a uniformar sus decisiones, evitando los grandes conflictos y -por otra parte- canalizando el precio y las contradicciones de los grandes cambios hacia las comunidades, etnias y sectores marginados de las sociedades.

4. En esta nueva situación, en este naufragio, somos parte activa: naufragos; y corremos el peligro de querer reconstruirlo todo por inercia, con los trastos viejos de un barco que ya no existe. O, por el contrario, negar nuestra incertidumbre, inhibiendo la fuerza creativa de nuestra propia historia, de nuestra historia memoriosa. El naufragio siempre está solo con su propio ser y su propia historia: esa es su mayor riqueza. A esta memoria pedimos hoy que acuda a nuestra ayuda. No pedimos ayuda ni a la mera repetición ni al snobismo desesperanzado de quien se acomoda sin más a los tiempos, sino a esa memoria que es verdadera anamnesis, reencuentro: como el profeta Elías, refugiado a escuchar en su silencio la brisa del Espíritu; como en la celebración eucarística, reencontrándonos con nuestra carne y la de nuestros hermanos en la Carne de Cristo. El ámbito universitario, en cuanto búsqueda permanente de sabiduría, es un espacio indicado para este ejercicio de la memoria: reencontrarse con los principios que permitieron realizar un deseo, destrabar lo que impide su continuación, ser fieles así a la propia misión que es precisamente aquello que se deseó y que ahora es y quiere seguir siendo. ¿Cómo rememorar aquellos principios ante estos nuevos desafíos? ¿Desde dónde buscar la ruta que reoriente el viaje del

náufrago? Retomemos ahora la *Carta de Principios* y recordemos sus tres pautas (lucha contra el ateísmo, avance mediante el retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias) e intentemos un discernimiento, una relectura.

Lucha contra el ateísmo

5. Hasta hace poco tiempo la influencia del ateísmo escéptico y la falta de una visión trascendente de la historia y de la vida fueron una preocupación constante. Nuestra consagración a Dios Padre desde la cosmovisión que implica el nacer en el seno del Cuerpo Místico del Verbo Encarnado, y especialmente desde la experiencia de vida del pueblo fiel creyente, nos ubicaba en una clara posición de fundamentación e identidad propia ante un contrario. La resistencia de sistemas, corrientes e ideologías que negaban la posibilidad de una fe creadora de cultura nos llevaba a replantear y crear formulaciones propias, sobre todo cuando el negar lo Absoluto o la persona misma de Dios era ya una motivación del pensamiento (siendo -quizás- esta razón una de las causas de deterioro de la Modernidad). Aquel hombre que militaba y se ufanaba de su ateísmo o de su científicismo nos presentaba un frente claro, nuevamente opuesto, Pero hoy, en cambio, convivimos con una humanidad inquieta, buscadora de sentido a su propia existencia, deseosa de articular lenguajes y discursos para reconstruir una armonía del saber perdida; convivimos con una humanidad ansiosa por integrar su “yo” ante las inseguridades. No podemos dejar de ver como signo del Espíritu de Dios esta nueva búsqueda de lo espiritual.

6. Sin embargo ya sabemos del producto de la confusión de una crisis, de querer reconstruir los restos del naufragio: cada uno rehace una divinidad según donde la propia impotencia deje más al descubierto las heridas o las desorientaciones. Entonces ya *no se trata de la manifestación de Alguien* que se des-esconde

(apokalipzein) y revela (epifanein) sino que la divinidad puede llegar a ser considerada como una *energía revitalizadora* que responde a nuestra necesidad de sentirnos acogidos, de ser pacificados. Hasta el mismo “yo” puede llegar a concientizarse de sus capacidades y -sanándose de sus actitudes negativas- descubre su esencia de amor, de divinidad. Se puede, incluso, en armonía con el cosmos y la naturaleza, prevenir y hasta curar enfermedades (el meollo del milagro)... y así podríamos seguir enumerando situaciones y fenómenos de esta nueva religiosidad. No se trata de negar aquí la riqueza que aportan las antiquísimas culturas, los avances de descubrimientos científicos ni la fuerza de los afectos, sino de prevenirnos contra esa mezcla descontextuada con la que tapamos, una vez más, nuestra desorientación.

7. Del otro lado, podemos encontrar una legión de fanáticos que, aferrados a sus temores conscientes o inconscientes, enarbolan las banderas de dioses que justifican sus aberraciones o simplemente sus prejuicios o ideologías. Es así que, desde el fundamentalismo de cualquier signo hasta la New Age -pasando por nuestras propias mediocridades en la vida de fe-, los naufragos postmodernos nos hemos nutrido en la poblada alacena del mercado religioso. Porque no debemos engañarnos: una vez más aquí estamos armando una casa con trastos viejos de ideologismos, científicismos esotéricos o simplemente recurriendo a nuestro espíritu burgués consumista. El resultado es el teísmo: un Olimpo de dioses hechos a nuestra propia “imagen y semejanza” en el espejo de nuestras insatisfacciones, miedos y auto-suficiencias; dioses atrapados en las propias inseguridades, reducidos a meras apoyaturas o justificativos de nuestras ilusiones y creencias. Un teísmo que muchas veces, en su explicitación, utiliza elementos cristianos pero con el fin de ir desmontando el cristianismo, diluyéndolo en la neblina de una divinidad vaporizada por el spray de los mercados.

8. En cierto modo estamos como la Iglesia primitiva, con el Dios de Jesucristo inmerso en un mundo donde los hombres pugnan por la propia divinidad, pero en una vida secularizada. Rememorar a nuestros primeros padres en la fe puede ser una visión análoga de utilidad para reencontrarnos con el espíritu de nuestra misión, aunque haya cambiado la letra. Como aquellos primeros cristianos debemos anunciar, no solo con mensajes convincentes sino fundamentalmente con nuestra vida, que la Verdad basada en el amor de Jesucristo a su Iglesia (es decir, a todos los que creen en El) *es realmente digna de fe*. Porque el nuevo ateísmo es precisamente esta confusión de dioses y hombres, en que ninguna palabra nos suscita confianza. Hartos de mensajes corremos el peligro de caer en la incertidumbre y la mala indiferencia, graves enfermedades del espíritu. Hoy, más que nunca, el camino es *la santidad*: es decir, ser testigos veraces de lo que se cree y se ama. Tan simple como crucificante. El Evangelio, que es Cristo, se transmite menos por medio de razones que por la misma vida... esta sí que es un espejo transformado y transformante, un reflejo no ya de nuestras opacidades sino de la Palabra de Otro. Esta vida testimonial puede ser más que un ejemplo, puede ser verdadera realización simbólica: la de un deseo unido al de Aquel que no podemos explicar pero que lo vivimos porque nos hemos dejado encontrar por Él y lo amamos. Y el símbolo, bien sabemos, crea cultura.

9. En la vivencia misma de la comunidad educativa cristiana que formamos es donde debe darse esta metanoia, esta conversión creativa. En nuestros criterios, en nuestras metodologías, en nuestra búsqueda incesante de la verdad -que no pretende ser omnipotente sino crucificada- se debe dar ese misterioso hecho cristiano que surge de todo encuentro real con Jesucristo: la verdad resplandece por sus límites más que por sus pretensiones. Más que una Universidad que brinde grandes luminarias o germine brillantes corrientes de pensamiento (don que no hay que

dejar de pedir y desear) hemos de buscar una comunidad en la dé gusto adentrarse en la Verdad y la Belleza, una comunidad que invite con entusiasmo a vivir el Bien. Por otra parte, en el silencio del estudio, en la humildad de compartir y ayudarse está el remedio contra la mediocridad que lleva a la corrupción y contra el desinterés: ambas cosas que tanta incertidumbre provocan a nuestros jóvenes, que tanto motivan a la evasión y la superficialidad. Así también es la vida de nuestro pueblo fiel de Dios, ese que anónimamente predica a Cristo crucificado en su sufrimiento y al Resucitado en su esperanza, en las alegrías simples no sofisticadas. Pueblo que en nuestra *Carta de Principios* queríamos imitar. Ojalá nunca dejemos de inspirarnos en sus rostros sufrientes, en su desprotección y angustia -que conocemos hay en la Argentina de hoy- para estimularnos a investigar, estudiar y crear más. Cuando encuentren en la calle a deambulantes y abandonados, a chicos que piden o roban en su miseria, a jóvenes que se hunden en la droga y el alcohol, a gente de trabajo que sufre por el peso y la inseguridad de cada día... cuando vean colas en los hospitales para lo mismo hacer mañana... entonces no tengan dudas: allí está Dios; es Cristo que, desde la Cruz, desde el límite, nos llama a dar un paso más cada día. Contra el teísmo diluido que nos propone la omnipotente posmodernidad nosotros seguimos afirmando que “el Verbo es venido en Carne”... y también sabemos que todo aquel que niegue esto, ese es el Impostor y el Anticristo (cfr. 2Jo:7). Ya no está sobre el tapete -como hace 20 años- la negación de Dios, está su caricatura: esa miserable trascendencia que no alcanza ni a hacerse cargo de los límites de la inmanencia, sencillamente porque no se anima a tocar ningún límite humano ni a meter la mano en ninguna llaga (si la metiera, como Tomás, podría decir “Señor mío y Dios mío”). *Nuestra lucha contra el ateísmo, hoy se llama lucha contra el teísmo*. Y también hoy es de ley aquella verdad que Malegue, en otro contexto cultural pero refiriéndose a la misma realidad, tan sabiamente había afirmado en los albores del siglo: “Lejos de serme Cristo inintelligi-

ble si es Dios, precisamente es Dios quien me resulta extraño si no es Cristo”. A la luz de esta afirmación de *Dios manifestado en la carne de Cristo* podemos delinear la tarea formativa e investigadora en la Universidad: es un reflejo de la esperanza cristiana de afrontar la realidad con verdadero espíritu pascual. La humanidad crucificada no da lugar a inventarnos dioses ni a creernos omnipotentes; más bien es una invitación -a través del trabajo creador y el propio crecimiento- a creer y manifestar nuestra vivencia de la Resurrección, de la Vida nueva.

Avance mediante el retorno a las fuentes

10. La evocación de la primera comunidad cristiana puede ponernos en sintonía con el deseo de nuestro Pastor Juan Pablo II quien, en su reciente *Carta de invitación al jubileo del año 2000*, nos llama a reencontrarnos con las fuentes de nuestra fe. Nos exhorta a revivir cada año un Misterio distinto de la Trinidad Santa para recrear el encuentro personal con cada una de las Personas divinas, todo en un marco de conversión de fondo, cruda y sincera, de verdadera renovación bautismal. Es más, Su Santidad nos estimula con el ejemplo de miles de cristianos que en este siglo han sido testigos, con su vida y muerte, de la Verdad que queremos conmemorar; y nos convoca a reencontrarnos en la Maternidad de María con la reserva de confianza y ternura con que Dios quiere estimularnos hacia el nuevo siglo. Si a esto agregamos su insistente llamado a la nueva Evangelización no podemos dejar de ver su intuición de la necesidad de un nuevo renacer en la Iglesia. La misma vitalidad del Pontífice, su firmeza -a la vez innovadora en muchos aspectos- es un verdadero signo del Espíritu, signo que curiosamente (y lamentablemente) ha sido muchas veces más valorado fuera de la Iglesia que en ciertos círculos áulicos de la misma.

11. Ya me referí al reencuentro o rememoración en el Misterio Pascual, fuente de todo reencuentro con Dios y con nosotros

mismos. Pero, en cambio, parece que en nuestra posmodernidad es más inconveniente reencontrarse con la realidad humana del límite, de la ley, de la siempre necesaria y siempre imperfecta autoridad. El *relativismo* es la tendencia actual a desacreditar los valores y -en definitiva- toda dignidad y -por tanto- toda misión, toda vocación, ese “sentirse llamados” (curiosamente su raíz coincide con “citorium”, el ciudadano, el que pertenece a, el que se siente identificado con). No se trata de ver aquí conspiraciones ni planes (en sociología, la teoría del complot, desde el punto de vista hermenéutico, es una de las más débiles), pues no sería más que un artilugio para esconder nuestras propias falencias. El *relativismo* no es más que el producto de aquel mal espiritual del que hablábamos: el de la incertidumbre contagiada de mediocridad, que lleva al descreimiento, a la falta de compromiso con la propia comunidad. Es algo así como la imagen de muchos jóvenes (y otros no tanto) absortos en el “zapping” televisivo, en el videojuego, o el romance pasional con la computadora; todos medios que fantasean sobre la posibilidad de que la realidad pase rápido en un instante, que pueda ser dominada por una orden, instrumentalizada en un juego. Esto significa que el no compromiso con la realidad lleva a una mala práctica del ocio. El relativismo lleva a valorar y juzgar solamente por una impresión subjetiva: no cuentan otras palabras, no existen normas prácticas, concretas, objetivas. Sabemos bien del cuestionamiento que, al respecto, se quiere hacer del Magisterio de la Iglesia.

12. Debemos, una vez más, reencontrarnos aquí con nuestras fuentes. Cuando nuestra Madre, la Iglesia, nos remite a una norma objetiva, a una enseñanza perenne, no hace sino traducir al pensamiento y a la praxis la condición esencialmente humana y, por tanto, basada en su dignidad personal con que todo hombre, más allá de cualquier cultura y situación, debe contar como horizonte de su accionar. Estamos señalando la posibilidad de

criticar y autocriticarse, al medio y a sí mismo, con una principalidad y normativa más allá de toda otra. Es la palabra última a la cual referirnos, la que nos libere de todo condicionamiento, la que nos refiera a nuestra propia esencia. Todo lo cual no quita que haya situaciones y procesos, ámbitos y culturas, que dificulten la comprensión y la vivencia de esta enseñanza. El crecimiento y el conflicto son parte de nuestra condición humana; pero es misión de la Iglesia ofrecer su mensaje universal.

13. Y es misión de la Universidad formarse y formar en esta conciencia de “universitas”: el hombre, en cuanto tal, es para el cristiano, *hijo, filiación en el Unigénito del Padre*, y -por tanto- hecho para aspirar a su Deseo, su Voluntad, que siempre reorienta la propia. La ilusión relativista de que en uno mismo está la propia orientación no es sino un viaje náufrago más que marca una nueva frustración. Los seres humanos no podemos vivir sin Ley que nos estructure, sin Llamado que nos oriente, sin Calidez de Padre que nos convoque. Aquí sí es necesario rememorar nuestra historia evangelizadora, con sus gracias y pecados, para consolidarnos en los cimientos que ya existen. Pienso en el legado jesuítico evangelizador de la fe de nuestro pueblo: orientado por un discernimiento de escucha en el silencio, de confronto iluminador con el Cristo transmitido en la Palabra y en el encuentro eucarístico, que sabía leer los pasos a dar según el Espíritu, en una permanente tensión entre situaciones y culturas frente a la exigencia de este “universal” divino y humano de la enseñanza eclesial. El espíritu relativista busca evitar las tensiones, los conflictos; teme -por tanto- a la verdad. Cabe aquí repetir aquella frase evangélica que tanto gusta proclamar al Sumo Pontífice: “¡no tengan miedo!!”.

14. El desafío de avanzar mediante el retorno a las fuentes entraña el dejarnos entusiasmar y atrapar por aquello que gratuitamente se nos revela en la entrega y el sacrificio de Cristo, por

Aquel Amor que se adelantó a todo amor desde la Creación. En estas épocas de inseguridad nos da miedo pensar que algo pueda ser un Don, gratuidad pura, pues todo parece moverse por puro interés. Comprometerse, creer en la Verdad, es la única garantía de ser libres. Y esto es así porque, perseverando en la constancia de un deseo y convicción, aceptando las dificultades temporales para su realización, sabiendo incluso que hay caídas en el camino, entonces así se crece y progresa con un sentido, con una direccionalidad ... se está firme en lo que se siente aunque, con el transcurso del tiempo, vaya adquiriendo nuevas configuraciones. A esto lo llamo avance mediante el retorno a las fuentes.

Universalismo a través de las diferencias

15. Hemos hablado de tensiones y de volver a renovarnos en el mensaje universalizador de la Iglesia. Debemos también volver a afirmar que la concreción de la verdad que creemos es posible en las particularidades diferenciadas y, por lo mismo, en nuestra particular situación argentina. Se trata no solo de perder el miedo a las verdades que afirmamos sino también a las verdades vividas en la historia de nuestro país, esa historia tan negada por el olvido. Allí tenemos la realidad heredada que se nos impone asumir confiadamente como hijos, tomando ejemplo de tantos pueblos, del mismo pueblo de Dios que con un “pequeño resto” primero y luego con una pequeña comunidad de Apóstoles y Discípulos cambiaron la historia. De comunidades pequeñas pero conscientes de su identidad, afirmadas sin soberbias ni estereotipos sino con la serenidad de quien cree y convoca con su solo ejemplo es posible engendrar a aquellos que sean capaces de grandes renunciaciones y grandes deseos. Esta comunidad educativa, firme en sus principios y deseosa de vivir el Misterio en el que cree no debe nunca dejarse tentar por ambiciones de otro orden que no sean las de una más intensa búsqueda de vivir el espíritu, de encarnar la Verdad y el Bien por el que hemos sido constituidos. Engendrar verdaderos hijos de esa Verdad... aun-

que estemos ausentes de grandes acontecimientos de cartelera o de proyectos mundanamente ambiciosos.

16. A esta altura es necesario aclarar que otro espíritu de nuestra atribulada posmodernidad nos puede amenazar: *un nuevo nihilismo* que “universaliza” todo anulando y desmereciendo particularidades, o afirmándolas con tal violencia que logran su destrucción. Un vistazo al mundo actual, lleno de luchas fratricidas, terrorismos alienantes, pero -sobre todo- inspirado por una tendencia por uniformar políticas hacia un “nuevo orden”, por la internacionalización total de capitales y de medios de comunicación, nos deja un agrio sabor de despreocupación por los compromisos sociopolíticos concretos, por una real participación en la cultura y los valores locales. Hemos malamente “universalizado” nuestros intereses en el único interés por sobrevivir o vivir el momento intensamente. Soñar con un medio ambiente sano o con la posibilidad de una compra en el shopping, o el contar con los sistemas de comunicación multimedia se ha transformado en metas de vida hallables en todas las sociedades. El hombre de carne y hueso, con una pertenencia cultural e histórica concreta, se va transformando -a través de los alambiques de esta ilusión vana- en una suerte de “homo universalis”, inmanentemente universalizado... y la plenitud a la que se nos invita a aspirar no sería otra que “universalizarnos” en el “hombre light”. Queremos ilusionarnos con una individualidad autónoma, no discriminada... y terminamos siendo un número en las estadísticas del marketing, un estímulo para la publicidad. Somos “la nueva burguesía”: parte de la nueva burocracia, la del comercio y división del trabajo según lo dicte el mercado internacional.

17. Nuestro espacio es limitado: esa es la realidad. Lo posible de esta comunidad universitaria estaría, entonces, en acrecentar la comunicación personal, el intercambio de palabras y, sobre todo, de la Palabra que nos mantenga vivos, creativos, libres del

agobio de esta “nada apabullante”. No nos resignemos al sentimiento oceánico de dejarnos llevar por la corriente: eso es camino de muerte, es canción de gitaneo metafísico: “*que las olas me traigan y las olas me lleven / y que nunca me obliguen el camino a elegir*” (M. Machado). Confíemos más bien en Aquel que, con la Cruz al hombro, nos invita a la Vida, nos mira con ojos humanos, nos habla con nuestras palabras, nos ama con afecto humano. Esta es la opción del náufrago, esta su hora: o se resigna a entregarse a las olas, o se anima a levantarse y recomenzar.

Conclusión

18. A 20 años de “*Historia y Cambio*” he querido releer los tres principios rectores a la luz de esta nueva cultura de la posmodernidad. Si en un momento determinado de nuestra historia un hombre se atrevió a hablar de “la cultura del cambalache” para reflejar una situación concreta, me he permitido hoy señalar a esta pretenciosa posmodernidad, a sus afanes universalizantes en nuevos nominalismos metafísicos, con el calificativo de “cultura del naufragio”. Esto no significa encerrarse en un pesimismo, al contrario: despierta *reto, desafío, vocación. La lucha contra el ateísmo*, en esta cultura, hay que proponerla como *lucha contra el teísmo*, contra ese “dios” destilado, trascendente pero dentro de los límites de la inmanencia... siempre a nuestra mano para ser usado como un instrumento más del consumismo que nos agobia. Se pretende una mística sin misterio. Y el pecado aquí -además de la blasfemia y la apostasía- es *la omnipotencia* de sentirnos dioses porque, aun proclamando su trascendencia, lo hemos encapsulado en nuestra chiquita enfermedad de pigmeos. El *avance mediante el retorno a las fuentes* hoy nos pide una decidida toma de posición contra *todo relativismo* ya sea de tipo consecuencialista, ya utilitarista, el que la naturaleza humana se torna biodegradable siguiendo el imperativo coyuntural de las circunstancias. Afirmamos que todo avance no arraigado en las fuentes que nos dan el existir, tam-

bién el cultural y el histórico, es ficción y suicidio. El pecado aquí es el *narcisismo*: ese repliegue subjetivista de los valores que nos induce a un “avance mediante el consensuar coyuntural”. Entramos aquí también en una degradación: ir “nivelando hacia abajo” por medio del consenso negociador. Se avanza pactando. Nuestro lenguaje cotidiano se hace eco de esto: progresar, entonces, supone “transar”, “negociar”, “zafar” ..., etc.. *El universalismo a través de las diferencias* supone, en este naufragio postmoderno, una lucha a fondo contra todo tipo de *nihilismo* que, en el fondo, entraña el desinterés egótico por todo aquello que no soy yo ni mi quietud esencialista. No hay lucha, no se acepta el lenguaje tan humano -y tan “carnal”- de la tensión. En el fondo se niega la Encarnación del Verbo.

Y aquí, con esto termino, afirmando una vez más la Verdad que nos puede rescatar de la orilla solitaria en este naufragio teísta, relativista y nihilista: el Verbo es venido en carne. Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, sigue siendo la Verdad, la Belleza y el Bien supremos. El es “el derroche de gratuidad” del Padre (cf. Ef. 1:8). A ÉL LA GLORIA POR LOS SIGLOS.

Buenos Aires, 17 de mayo de 1995.
Jorge Mario Bergoglio, S.J.

Una relectura de la “Carta de principios” de la Universidad del Salvador a la luz del magisterio del papa Francisco

*Sabrina Marino
Agustín Podestá¹*

Introducción

El presente artículo surgió del proyecto de investigación “Relectura de la ‘Carta de principios’ a la luz del magisterio del papa Francisco”, del Vicerrectorado de Formación de la Universidad del Salvador, llevado a cabo entre los años 2020 y 2021².

Como comunidad educativo-académica y evangelizadora, la USAL se propuso en ese proyecto una relectura de las “Cartas de principios” que el provincial de los jesuitas, luego arzobispo de Buenos Aires y, actualmente, obispo de Roma y papa de la Iglesia Católica, Jorge Mario Bergoglio, Francisco, escribió y legó a la Universidad.

Estas cartas fueron escritas con el objetivo de dotar de identidad, cultura y camino a las futuras generaciones que pasaren por ella, ya que, en el año 1974, la conducción de la Universidad había sido asumida por laicos de la Asociación Civil. En las décadas posteriores, y a raíz de nuevos contextos históricos,

¹ Ambos autores son teólogos y se desempeñan como docentes e investigadores en la Universidad del Salvador. También allí dirigen la Cátedra Extracurricular Itinerante *Laudato Si'* y el Seminario Permanente Magisterio de Francisco.

² Es importante mencionar y agradecer a quienes formaron parte de este camino, un grupo de investigación compuesto por docentes, estudiantes y graduados: Mons. Guillot, Carlos; Marino, Sabrina; Podestá, Agustín; Brizuela, Julieta; Masiuk, María Victoria; Cuello, Leandro; Suarez, Florencia; Kanas-hiro, Javier; Etchevarne Sofía; Lew, Ariela; Demarchi, Lucía; Ferreyra, Carla y Lupia, Jimena.

sociales y políticos, Bergoglio las releyó y reescribió con el fin de continuar aquel camino emprendido.

Como dadoras de “principios”, estas cartas pueden seguir guiando y orientando las acciones evangelizadoras en el ámbito de la enseñanza y la investigación académicas. La diferencia radica en que Bergoglio ya no es más provincial de los jesuitas, ni reside en Argentina, pero su prolífico magisterio desde la Sede Pontificia, especialmente en materia pastoral, nos ha permitido realizar esta relectura y reinterpretación a fin de poder entablar un diálogo fraterno y fecundo con las nuevas problemáticas y demandas sociales que vivimos en nuestra Universidad y que viven los estudiantes que pasan por ella, así como también la sociedad en la que está inserta. En palabras de Bergoglio: “Más que objetivos a lograr son principios rectores de la formulación y planificación académica” (Francisco, 1984).

Surgieron en este camino una serie de preguntas que pueden servir para comprender la importancia y la motivación del recorrido: por un lado, ¿pueden ser consideradas aún vigentes las “Cartas de principios” para nuestra coyuntura contemporánea? ¿Hacen un aporte significativo? ¿Es necesaria una relectura y reinterpretación? ¿Qué aportarían hoy? ¿Permiten un diálogo más fecundo para con las nuevas generaciones, en este caso particular, universitarias? Por otro lado, ¿existe una vinculación entre el magisterio pontificio de Francisco y estas cartas escritas con anterioridad? ¿Hay proceso de continuidad y ruptura? ¿Qué aportan estas tensiones a una reinterpretación? Y para concluir y seguir profundizando, ¿es realmente significativo el esfuerzo investigativo? ¿Es relevante esta “vuelta a las fuentes” de la Universidad del Salvador?

En el presente trabajo comenzaremos por presentar brevemente las cartas mencionadas y sus principios, luego ahondaremos en cada uno en particular y en los corolarios poniéndolos en diálogo permanente con el magisterio de Francisco,

para, finalmente, presentar algunas conclusiones y propuestas de acción para aplicar estos principios a la vida cotidiana de la Universidad.

Las “Cartas de principios”

Presentamos sintéticamente las tres cartas de principios. La primera, titulada “Historia y cambio”, data de 1974 y enuncia por primera vez los tres grandes principios:

- **Lucha contra el ateísmo:** entendido este último como la incapacidad del ser humano de comprender la realidad y los procesos sociales más allá de las posturas y visiones ideológicas. La realidad del pobre sufriente clama y se convierte en lugar primordial de acción más allá de categorías extrínsecas o idealistas.
- **Avance mediante el retorno a las fuentes:** clave en el proceso de reforma del Concilio Vaticano II. Bergoglio lo asumió para recordarnos nuestra propia tradición cultural, las fuentes latinoamericanas, “la tradición hispánico-indígena” que nos ha formado en estas tierras y culturas.
- **Universalismo a través de las diferencias:** recordando la metodología académica del jesuitismo, se sostiene que el diálogo evangélico debe hacerse con y desde la interculturalidad y la interdisciplinarietà. Las diferencias generan riquezas en valores y conocimiento compartido.

Diez años después, en 1984, en un contexto nacional aún conflictivo, Bergoglio volvió a la “Carta de principios” pero re-interpretándola a la luz de la nueva coyuntura. En este sentido, considera central que aquellos principios se orienten a algunas tareas urgentes e importantes:

- La reafirmación del valor de la persona humana
- La reconciliación generacional
- La corrección del egoísmo
- El sentido social y nacional

Por último, diez años después, en 1994, y a veinte años de la primera carta, Bergoglio escribió una “memoriosa relectura del documento ‘Historia y Cambio’”. En ella, vuelve a los tres principios originarios, pero con novedades a la luz de las nuevas realidades:

- **La lucha contra el ateísmo** se convertía ahora en superficialidad consumista que se traduce en un profundo vacío existencial de sentido y de verdad. El relativismo moral se impone como fundamento de las relaciones humanas. De aquí pasa al segundo principio.
- **El retorno a las fuentes** se comprendía en clave teológica y magisterial, siguiendo al Concilio Vaticano II y a Juan Pablo II en cuanto a que “el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado” (*Redemptor Hominis* 8).
- **El universalismo a través de las diferencias** es un principio especulativo-práctico, ya que no se trata solamente de un enunciado fruto de un concebir meramente teórico, sino, antes bien, una necesidad, una directriz de acción. La pluralidad imperante busca vaciar de sentido. La pluralidad aquí propuesta es de interacción, de compromiso y de transformación.

Pasaron casi treinta años de la última reinterpretación de Bergoglio en 1994 y mucho más de cuarenta de la primera redacción de “Historia y Cambio”. Sin embargo, los principios, como tales, no caducan ni se vencen, por el contrario, mantienen una vigencia que, como todo proceso cultural e identitario, están llamados a iluminar constantemente el presente.

En este sentido, Bergoglio, ahora papa Francisco, no paradójicamente, en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, ha propuesto cuatro principios que se han convertido en estos años en un importante aporte de tradición teológica, religiosa y espiritual desde los cuales puede comprenderse toda la profundidad del quehacer eclesial y, por tanto, también universitario y académico:

- El tiempo es superior al espacio
- La unidad prevalece sobre el conflicto
- La realidad es más importante que la idea
- El todo es superior a la parte

Estos cuatro principios son propuestos en el documento como grandes orientaciones de la evangelización, de la vida eclesial, del saber teológico y de todos los ámbitos pastorales. En este sentido, la Universidad, como comunidad académica al servicio de la evangelización, debe hacerse también factor de encarnación de estos principios.

Por otra parte, otro aporte fundamental pastoral y evangelizador que Francisco ha propuesto como diálogo, no solo para la Iglesia sino también para todas las personas de buena voluntad, es lo relacionado con el cuidado de la “casa común”, es decir, al espacio que habitamos. En la encíclica *Laudato Si'*, el papa realizó un aporte imprescindible a la hora de hablar con las sociedades y los pueblos del mundo en la concientización de la intrínseca relación entre ambiente y sociedad, que implica, por tanto, cuidado del planeta y de los más pobres. En esta carta, Francisco continuó desarrollando como elementos motivadores y como contenidos aquellos principios de diálogo y fraternidad, superando las diferencias ideológicas y poniendo la coexistencia pacífica en el centro.

A los fines de este proyecto, el marco teórico quedó configurado por la relación de ruptura y continuidad entre los documentos propuestos: las tres citadas “Cartas de principios” y los dos documentos que pertenecen ya a su magisterio pontificio y al magisterio pontificio universal.

Lucha contra el ateísmo o pérdida del sentido de trascendencia

El ser humano posee una estructura natural de abrirse a una dimensión trascendente, a una realidad que lo sobrepasa, a una posibilidad de relación con lo divino. Como enseña la teología

tradicional, el ser humano es “capaz de Dios”. A su vez, esta vivencia de la espiritualidad se puede particularizar en una experiencia o actitud religiosa.

El ateísmo, por su parte, se presenta como la negación de Dios, de su existencia, pero no como la negación de la existencia de esta estructura antropológica. En otras palabras, el ateísmo puede sostener la negación de la existencia de Dios justamente porque los seres humanos poseen esa capacidad de abrirse a la trascendencia.

La pregunta entonces que radica aquí es ¿contra cuál ateísmo hay que luchar? Y seguido, ¿qué implica esa lucha?, ¿cuáles eran estas realidades en las “Cartas de principios” y qué implican estas realidades hoy?

Comenzando por “Historia y Cambio”, de 1974, Bergoglio advierte sobre esta capacidad de apertura a la trascendencia en este primer principio, pero no sobre la estructura en sí, sino sobre el contenido. Es decir, esta estructura antropológica de apertura a lo divino corre el riesgo de ser llenada con ideologías que impiden una relación de amor con Dios: “solo lo trascendente permite recuperar la noción del salto definitivo hacia la liberación, y a través de esta noción profundamente religiosa, volver a lo cualitativo y a lo distinto” (Francisco, 1974).

Es importante señalar que en este último texto citado se agrega que la dimensión trascendente funciona incluso como un factor de liberación: liberación en términos de aplicación social de aquello que se cree y liberación de la inequidad e injusticia que atentan contra la instauración del Reino de Dios, propuesto por Jesús: “la lucha contra el ateísmo, en síntesis, no se diferencia de la crítica trascendente al mundo contemporáneo” (Francisco, 1974).

Esta lucha radica en el reconocimiento de la fe como experiencia vital de las personas que, en su desarrollo de diálogo con las ciencias, se traduce como crítica e innovación, y en eso radica su ser esencial: “la Nueva Universidad del Salvador será

una Universidad fundada en la Fe, es decir, crítica e innovadora” (Francisco, 1974).

Pasados veinte años, en la relectura de “Historia y Cambio”, y asumidos los cambios generacionales, la lucha es reinterpretada como un intento de propuesta, desde una universidad confesional a una humanidad inquieta por la búsqueda del sentido de la existencia, que posee la particularidad de querer encontrar discursos nuevos que interrelacionen los diferentes saberes. Esta búsqueda científica es, como hemos mencionado ya, religiosa.

La pérdida del sentido de trascendencia es una pérdida del sentido de la existencia. Las experiencias que generan cambios sustanciales son modificadas y llenadas por acontecimientos efímeros y pasajeros³. Los nuevos avances en materia científica y tecnológica a menudo terminan siendo considerados como fines en sí mismos y no como medios. En resumen, “sin lo trascendente, no es el hombre el que empuja la historia, sino las fuerzas inertes del progreso técnico”, y se corre el riesgo de crear “una civilización distinta que se esfuma en una infinitud ‘progresista’ de signo tecnocrática” (Francisco, 1974).

³ En este sentido, Giorgio Agamben, filósofo contemporáneo italiano, aporta una interesante reflexión sobre la experiencia: “hoy sabemos que para efectuar la destrucción de la experiencia no se necesita en absoluto de una catástrofe y que para ello basta perfectamente con la pacífica existencia cotidiana en una gran ciudad. Pues la jornada del hombre contemporáneo ya casi no contiene nada que todavía pueda traducirse en experiencia: ni la lectura del diario, [...], ni los minutos pasados al volante de un auto en un embotellamiento; tampoco el viaje a los infiernos en los trenes del subterráneo, ni la manifestación que de improviso bloquea la calle, ni la niebla de los gases lacrimógenos que se disipa lentamente entre los edificios del centro, ni siquiera los breves disparos de un revólver retumbando en alguna parte; tampoco la cola frente a las ventanillas de una oficina o la visita al supermercado, ni los momentos eternos de muda promiscuidad con desconocidos en el ascensor o en el ómnibus. El hombre moderno vuelve a la noche a su casa extenuado por un farrago de acontecimientos—divertidos o tediosos, insólitos o comunes, atroces o placenteros— sin que ninguno de ellos se haya convertido en experiencia” (Agamben, 2015, p. 8).

Actualmente, este paradigma tecnocrático es alertado también por Francisco en la encíclica *Laudato Si'*. Además de las implicancias políticas, sociales y económicas, el sumo pontífice se detiene en la relación con las ciencias, algo propio del espacio académico. En la gran división de saberes y conocimientos, las ciencias tienden a individualizarse corriendo el riesgo de convertirse en totalizantes. En esta disgregación, desprenderse de la ética puede conllevar a problemas y desigualdades sociales. Es así que:

la vida pasa a ser un abandonarse a las circunstancias condicionadas por la técnica, entendida como el principal recurso para interpretar la existencia. En la realidad concreta que nos interpela, aparecen diversos síntomas que muestran el error, como la degradación del ambiente, la angustia, la pérdida del sentido de la vida y de la convivencia. (Francisco, 2015, n.º110)

Por otro lado, se presentan como grandes discursos, totalizantes también, ideologías varias que promueven no solo ideas sectorizadas y parciales sino también un fuerte impulso burgués-consumista, que es la rama económica consecutiva de muchas de ellas. El vacío es llenado nuevamente por circunstancias efímeras y pasajeras. Aquí se hace un cambio, entonces ya no se trata de ateísmo, que implicaría, como hemos dicho, de suyo la negación de la trascendencia, sino el reemplazar o llenar esa trascendencia por diversos o muchos nuevos dioses, es decir, una forma de teísmo: “un Olimpo de dioses hechos a nuestra propia ‘imagen y semejanza’ en el espejo de nuestras insatisfacciones, miedos y autosuficiencias” (Francisco, 1994).

El ateísmo es reemplazado por un teísmo, pero ambos poseen como base la pérdida del sentido de trascendencia, la pérdida del sentido auténtico, real y profundo de la vida. ¿Cómo “luchar” hoy? ¿Cómo presentar entonces hoy la “alegría del Evangelio” a las nuevas generaciones? Bergoglio propuso en las “Cartas de principios” dos caminos: la santidad y la caridad.

Como lo fueron los primeros cristianos en la Iglesia primitiva, hoy la comunidad universitaria de la USAL y todos los cristianos

tenemos que ser testigos de la vida, debemos anunciar no solo con palabras sino con nuestro testimonio. Como lo sostiene también en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, debemos evangelizar en clave kerigmática, anunciar las verdades esenciales del Evangelio, anunciar que tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo para salvarnos (Jn 3, 16), que Jesús es el camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6), que murió y resucitó por todos.

Pero, ¿cómo anunciar este mensaje sin caer en la tentación de formar solo doctrinalmente sin enamorar primero? Recordemos que ya Benedicto XVI alertaba al respecto, cuando en la encíclica *Deus Caritas est* (2005) decía que solo se empieza a ser cristiano por un encuentro personal con Cristo, no por medio de ideas o doctrinas, eso vendrá después.

El camino hoy, entonces, es la santidad, es decir, ser testigos de lo que creemos y amamos. En clave sacramental y latinoamericana, agrega Bergoglio en este punto que “esta vida testimonial puede ser verdadera realización simbólica: la de un deseo unido al de Aquel que no podemos explicar pero que lo vivimos porque nos hemos dejado encontrar por Él y lo amamos. Y el símbolo, bien sabemos, crea cultura” (Francisco, 1994). Cultura universitaria, en nuestro caso, que refleje este deseo de irradiar a Cristo a todos los que pasan por nuestras aulas, nuestros ámbitos académicos. Cultura que implica una auténtica conversión o reconversión constante. Se trata de repensar, deconstruir, cambiar y/o crear, en línea con el Documento de Aparecida, todas las estructuras evangelizadoras para que sean verdaderos espacios de misión. La Universidad no puede ser entonces solamente un cúmulo de pensamientos, contenidos o corrientes, sino un espacio para generar comunidad que busque primero el Bien, la Verdad y la Belleza, que busque e irradie a Dios en la sociedad en la que está inserta.

Como segunda solución, segundo elemento de lucha, Bergoglio insiste en la caridad. La corrupción, la mediocridad, la ti-

bieza de los nuevos dioses desaparecen frente al acto empático, misericordioso y amoroso de los cristianos comprometidos con la acción social. El pueblo argentino, marcado por la inequidad y la pobreza, posee una profunda fe en Dios. Este llamado al reconocimiento de Dios en lo que más sufren se convierte en horizonte también del quehacer universitario:

Cuando encuentren en la calle a deambulantes y abandonados, a chicos que piden o roban en su miseria, a jóvenes que se hunden en la droga y el alcohol, a gente de trabajo que sufre por el peso y la inseguridad de cada día... cuando vean colas en los hospitales para lo mismo hacer mañana... entonces no tengan dudas: allí está Dios; es Cristo que, desde la Cruz, desde el límite, nos llama a dar un paso más cada día. (Francisco, 1994)

La cita es una lectura actualizada del evangelio, cuando en Mt 25, 31-46, Jesús explicita dónde estará presente, dónde nos podemos encontrar con él: cuando dimos de comer a los hambrientos, cuando dimos de beber a los sedientos, cuando alojamos al forastero, cuando vestimos al desnudo cuando visitamos a los enfermos y a los presos, en fin, cuando le hicimos bien al más pequeño, a Él se lo estábamos haciendo. Desde Juan Pablo II, los papas han recordado que este no es solo un texto moral, no es una recomendación práctica, sino un texto cristológico: Jesús revela quién es Él y dónde está, dónde habla hoy, dónde podemos encontrarlo.

El pueblo sufriente se configura con Cristo crucificado y resucitado, nuestra lucha contra el ateísmo, teísmo o pérdida de la trascendencia encuentra un “cairós”, un momento propicio para su superación, en la misión, en la caridad, en la ayuda a los que más lo necesitan.

Avance mediante el retorno a las fuentes

“Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se los dio diciendo: ‘Este es mi cuerpo que es entregado por ustedes; hagan esto en recuerdo mío’”. (Lc 22, 19)

En la cosmovisión judeocristiana, el avance hacia el futuro se da desde y en la historia. Recordar no es llenar de polvo

los anaqueles, sino actualizar en cada recuerdo. Se trata de hacer presente hoy aquello que sucedió, porque siempre actualiza e ilumina lo que acontece hoy. Recordar es volver a pasar por el corazón, es hacer memoria viva. Retornar a las fuentes no es recopilación de datos e informaciones estériles, sino vislumbrar más claramente lo que sucede en la actualidad. El pasado permite develar, iluminar y acompañar el presente para caminar con paso firme hacia el futuro.

En este sentido, Bergoglio presentaba, en este principio, el relativismo posmoderno como corriente de pensamiento rupturista con el pasado. El relativismo considera que no existen verdades ni valores absolutos y que la realidad y las decisiones quedan sujetas al querer arbitrario e, inclusive, sin fundamento racional de cada sujeto actuante. Si no hay verdad, todo será relativo. El pasado se quiebra con el presente porque no guardan, en el relativismo, relación. El pasado pudo haber sido una cosa, pero el presente puede querer ser otra.

En cuanto al pasado, se presentan dos ejemplos en la historia: primero, repite la imagen de la Iglesia primitiva, aquellos primeros cristianos que propagaron la fe entre persecuciones y martirios, que anunciaron la Buena Nueva de Jesús en un ámbito adverso, hoy diríamos contracultural. Tener convicciones religiosas, verdades absolutas, camina hoy a contracorriente. Segundo, la Compañía de Jesús, que nace en un intento de repensar la evangelización en una naciente modernidad con ideas adversas y hasta contrarias a la fe. El jesuitismo no buscaba la confrontación, todo lo contrario, sino que, por medio del desarrollo científico y tecnológico —aunque también por el teológico, filosófico, político y social—, buscaba entablar un diálogo fructífero con esas nuevas corrientes de pensamiento modernas.

Ahora bien, es un hecho que no todos los que estudian y/o trabajan en la USAL tienen estas convicciones evangélicas. Ya Bergoglio lo constataba en las “Cartas de principios”. El creci-

miento natural, pero querido y sostenido por la Universidad, abre de suyo las puertas para formar a nuevas y más generaciones que pueden no estar alineadas con aquellos fundamentos. Aparece, entonces, una pregunta crucial: ¿cómo hacer de la Universidad un espacio que reafirme sus convicciones y que, aún más y a la vez, se proponga esencialmente evangelizar desde ellas a un estudiantado y a una sociedad que quizá no compartan esos valores, que los relativicen, que los confronten e, incluso, los nieguen?

En la relectura a veinte años de “Historia y Cambio”, Bergoglio recuerda que la Universidad es, justamente, universal (“*universitas*”). Está llamada a ser un espacio propicio de encuentro y de diálogo, cuánto más si es de inspiración jesuítica:

Pienso en el legado jesuítico evangelizador de la fe de nuestro pueblo: orientado por un discernimiento de escucha en el silencio, de confronto iluminador con el Cristo transmitido en la Palabra y en el encuentro eucarístico, que sabía leer los pasos a dar según el Espíritu, en una permanente tensión entre situaciones y culturas frente a la exigencia de este “universal” divino y humano de la enseñanza eclesial. El espíritu relativista busca evitar las tensiones, los conflictos; teme -por tanto- a la verdad. Cabe aquí repetir aquella frase evangélica que tanto gusta proclamar al Sumo Pontífice (Juan Pablo II): “¡¡no tengan miedo!!”. (Francisco, 1994)

Todo ser humano, al menos para un cristiano, es hijo del Padre, es hermano en Cristo, es amado en el Espíritu Santo. Esta visión es un compromiso de evangelización, de cercanía y de acción para con todos, en este caso, para todos los que pasen por la Universidad.

Universalismo a través de las diferencias

La dimensión de “*universitas*” parecería quedar todavía sin resolver, ¿cómo consensuar los valores y principios de una universidad confesional con el hecho de que muchos de sus miembros—estudiantes, pero también docentes y personal— no los comparten y hasta son contrarios a ellos? Bergoglio plantea enton-

ces un tercer principio que se desprende de las conclusiones del anterior: la universidad es, de suyo, universal, pero ese afán de universalizar es a la vez inclusivo e integrador de las diferencias sin anularlas. Las diferencias son enriquecedoras y deben ser superadas por la integración y no por la supresión. Al estilo de la pedagogía de Jesús, los principios rectores deben ser propuestos para ser creídos, no impuestos para ser acatados.

Desde el magisterio del papa Francisco, vemos en estas “Cartas de principios”, de forma incipiente, uno de los principios que luego expondrá para la Iglesia toda, siendo ya obispo de Roma, y propuestos en *Evangelii Gaudium*: “la unidad prevalece sobre el conflicto”.

Es propio de las personas y de las sociedades tener divergencias y diferencias que pueden, a menudo, entrar en contradicciones, discusiones, problemas. El conflicto es una dimensión humana, por tanto, no puede ser ignorado ni anulado. Por el contrario, el conflicto tiene que ser asumido para ser superado, se trata de aceptar el sufrimiento que puede generar, para ser resuelto y transformado en un eslabón de un proceso más complejo: “se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda” (Francisco, 2013, n.º 228).

Para Francisco, esta unidad que prevalece sobre el conflicto es verdadera encarnación de la bienaventuranza: “felices los que trabajan por la paz” (Mt 5, 9), porque la paz no puede ser impuesta ni obligada, sino lograda a través de la superación mancomunada de los conflictos. A imagen de Cristo, que concilió la diferencia en la unidad (el cielo y la tierra, Dios y el hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad), enfatiza la encíclica que el conflicto posee inclusive una belleza que bien apreciada puede lograr un pacto social y cultural, que per-

mita hacer emerger una diversidad reconciliada que logre la paz, una verdadera “cultura del encuentro”.

Volviendo a la carta, ¿cómo se logra entonces avanzar en ese diálogo que supere las diferencias? En su relectura a veinte años, Bergoglio sostiene que, aun dadas las diferencias, la USAL no debe dejarse tentar y modificar sus férreos principios de vivir según el Evangelio, por la acción de Espíritu, para buscar y encarnar la Verdad y el Bien. Desde esta mirada, vuelve entonces sobre la caridad que, traducida en el diálogo interdisciplinario y plural, puede comprenderse también como solidaridad. Ya en “Historia y Cambio” decía que: “concibiendo el apostolado social como la inmersión religiosa en la vida de los pueblos, la Compañía afirma prácticamente que solo a partir de esa concreción es factible la construcción de una sociedad más humana, es posible ‘hacer la justicia’” (Francisco, 1974).

En *Evangelii Gaudium*, en torno a la unidad sobre el conflicto, la solidaridad es comprendida como superadora de sincretismos (donde una mirada corre el riesgo de ser absorbida por otra). En la solidaridad, auténticamente entendida, se asumen los valores en común, se los potencia y desarrolla. La solidaridad es transformadora de la historia, es espacio común de los seres humanos, y está llamada en las universidades a ser agente de cambio e impacto en las sociedades, por medio del aporte de ideas y planes creativos, con base científica y de conciencia social: “En esta perspectiva, la universidad tiene una conciencia, pero también una fuerza intelectual y moral cuya responsabilidad va más allá de la persona a educar y se extiende a las necesidades de toda la humanidad” (Francisco, 2019b).

Corolarios para pensar aplicaciones de los principios

En 1984, a diez años de publicada la primera carta de principios “Historia y Cambio”, y diez años antes de su relectura, Bergoglio (en ese entonces rector del Colegio Máximo de San José)

planteó cuatro corolarios como reflexiones prácticas a modo de propuestas de aplicación de los principios.

En primer lugar, *la reafirmación de la persona*. Puede parecer una obviedad, pero a menudo constatamos con tristeza que la dimensión humana es olvidada, ultrajada, soslayada, en su ser más esencial. La violencia crece y se multiplica, desde formas más evidentes hasta formas más silenciosas. Resuena con fuerza nuevamente el llamamiento de Jesús en Mt 25: “con el más pequeño de mis hermanos”. Quienes sufren a causa de la pobreza, los que tienen hambre, los excluidos, los migrantes, los perseguidos, los que están solos y olvidados, los enfermos, los violentados por causas de género, procedencia, religión y tantas otras excusas. Como espacio de formación académica, la USAL está llamada a reafirmar el carácter personal de todos ellos como hijos de Dios y hermanos en Cristo, porque Jesús está especialmente presente en cada uno.

Segundo, *la reconciliación generacional*. Los cambios impuestos por los rápidos avances tecnológicos y científicos han hecho en las últimas décadas que los cambios generacionales se profundicen y aceleren. Los valores, las costumbres y las creencias han entrado también en esa ruptura y, a menudo, los padres no los transmiten a sus hijos, tienen miedo inclusive de hacerlo. Las familias ya no son la primera escuela, ni siquiera en estos elementos esenciales del ser humano. El proceso de globalización busca la constante individualización de los sujetos, transformando a la estructura familiar en un pacto social, de amistad o de mera convivencia⁴.

Los jóvenes son los receptores más conscientes y, a la vez, más permeables a estos cambios. Pero en su fuerza y entusiasmo por generar cambios, está justamente el motor más importante que puede hacer la diferencia:

En todas nuestras instituciones necesitamos desarrollar y potenciar mucho más nuestra capacidad de acogida cordial, porque muchos de los jóve-

⁴ Este proceso de ruptura es denunciado todavía hoy con mucha insistencia por Francisco, por ejemplo, en *Christus Vivit*, n.º 80.

nes que llegan lo hacen en una profunda situación de orfandad. Y no me refiero a determinados conflictos familiares, sino a una experiencia que atañe por igual a niños, jóvenes y adultos, madres, padres e hijos. [...] Si crecieron en un desierto vacío de sentido, ¿cómo podrán tener ganas de sacrificarse para sembrar? La experiencia de discontinuidad, de desarraigo y la caída de las certezas básicas, fomentada en la cultura mediática actual, provocan esa sensación de profunda orfandad a la cual debemos responder creando espacios fraternos y atractivos donde se viva con un sentido. (Francisco, 2019, n.º 226)

Tercero, *la corrección del egoísmo*. Lo expuesto en el punto anterior puede llevar a vislumbrar que se potencia sobre la persona un creciente egoísmo. La excesiva individualización va destruyendo la idea de sociedad como comunidad. Los otros pasan a segundo plano, el yo corre el riesgo de absolutizarse. Esta realidad puede traer como consecuencia el desprecio paulatino por la socialización, pero también el desprecio paulatino por uno mismo si se carece de conocimiento personal y si se carece de un sentido para la existencia.

Frente a estos dos últimos puntos, Francisco propone dos salidas interrelacionadas. Por un lado, generar comunidad que reciba sin juzgar, que acoja sin condenar. La Universidad puede ser, como la Iglesia, “hospital de campaña” que primero cura las heridas, que recibe y acompaña en el dolor. La comunidad es un espacio propicio para sanar, pero también para desarrollar lo mejor de cada uno. Ser parte ayuda y fomenta, hace crecer y mejorar integralmente.

Se buscará entonces, en la Universidad, promover la “cultura del encuentro”, la evangelización en clave kerigmática y la caridad hacia el necesitado, desde el diálogo fructífero entre los saberes y disciplinas, entre formación y acción:

Es importante tener en cuenta algunos criterios inspiradores señalados en *Veritatis gaudium* en vista a una renovación y relanzamiento de las escuelas y universidades “en salida” misionera, tales como: la experiencia del kerygma, el diálogo a todos los niveles, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, el fomento de la cultura del encuentro, la urgente

necesidad de “crear redes” y la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha. También la capacidad de integrar los saberes de la cabeza, el corazón y las manos. (Francisco, 2019a, n.º 222)⁵

Cuarto, *el sentido social y nacional*. Comienza Bergoglio desarrollando este punto con una clara afirmación: “el bien supremo se realiza en lo social; la reflexión ética del individuo culmina en la vocación política que busca el bien común, el del entorno concreto (el nacional) y -por él- el universal” (Francisco, 1984). Costará creerlo, pero todavía hay cristianos que sostienen que la religión y la política no tienen que relacionarse. Sin embargo, la vocación religiosa de los laicos, especialmente de los más jóvenes, está llamada a encarnarse en acciones políticas. Francisco lo deja en claro en *Christus Vivit*:

Es verdad que a veces, frente a un mundo tan lleno de violencia y egoísmo, los jóvenes pueden correr el riesgo de encerrarse en pequeños grupos, y así privarse de los desafíos de la vida en sociedad, de un mundo amplio, desafiante y necesitado. Sienten que viven el amor fraterno, pero quizás su grupo se convirtió en una mera prolongación de su yo. Esto se agrava si la vocación del laico se concibe sólo como un servicio al interno de la Iglesia (lectores, acólitos, catequistas, etc.), olvidando que la vocación laical es ante todo la caridad en la familia, la caridad social y la caridad política: es un compromiso concreto desde la fe para la construcción de una sociedad nueva, es vivir en medio del mundo y de la sociedad para evangelizar sus diversas instancias, para hacer crecer la paz, la convivencia, la justicia, los derechos humanos, la misericordia, y así extender el Reino de Dios en el mundo. (Francisco, 2019a, n.º 168)

La vocación laical, especialmente en los jóvenes, se plenificará entonces en la caridad en la familia, en la sociedad y en la acción política. Una renovada sociedad nace del fruto de esta caridad, una sociedad donde haya paz, justicia, derechos humanos y misericordia que reflejen el Reino de Dios. La Universidad, como espacio de desarrollo y promoción académicos,

⁵ Cabe destacar en esta cita de la exhortación apostólica de Francisco la reminiscencia (¡o presencia!) de la frase rectora de la USAL: “ciencia a la mente y virtud al corazón”.

juega entonces un lugar privilegiado: es el espacio de recepción, contención, comunidad, enseñanza y promoción de la interdisciplinariedad científica, para buscar nuevas y renovadas formas de acción de transformación del contexto social, en síntesis, de hacer política.

Por último, el apostolado universitario deberá incluir también una *renovación del sentido del trabajo*. El trabajo a menudo conlleva austeridad, dedicación, sacrificio, tedio, etc. Esto puede afectar a los estudiantes en cuanto a su desarrollo profesional, pero también a los docentes y empleados de la propia Universidad. El trabajo pierde así su sentido más profundo y se convierte tan solo en un mal necesario. Pero que, a la vez, puede ser excluyente y violento para con los demás.

Frente a esta visión, el cristianismo recuerda que el trabajo es fuente de dignidad porque se inscribe en consonancia directa con la creación de Dios. Cuando la persona trabaja colabora en la obra creadora, pone algo en la existencia, transforma la realidad y el entorno. El trabajo es vocación y desarrollo integral, en *Laudato Si'*, el sumo pontífice sostiene:

El trabajo debería ser el ámbito de este múltiple desarrollo personal, donde se ponen en juego muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás, una actitud de adoración. Por eso, en la actual realidad social mundial, más allá de los intereses limitados de las empresas y de una cuestionable racionalidad económica, es necesario que se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos. (Francisco, 2015, n.º 127)

A modo conclusivo, propuestas de aplicación

La fructífera reflexión conjunta realizada durante los años del proyecto de investigación no podía quedar solo en el ámbito teórico, es necesario también pensar algunas líneas de acción que permitan seguir aplicando las “Cartas de principios” en la Universidad del nuevo milenio:

1. Elaborar un lenguaje común. La Universidad es una institución en constante crecimiento, lo que implica no solo un aumento del número de personas que la componen, sino también su diversidad. Encontrar una manera adecuada de comunicarnos, que incluya los gestos y las palabras, es el primer desafío que debemos sortear si queremos realmente ser una comunidad.

2. En la misma línea que la propuesta anterior, reconocer y fomentar las diferencias. Hoy en la Universidad confluyen distintas generaciones que, por razones evidentes, tienen formas diferentes de percibir y analizar la realidad, de trabajar, de comunicarse, de educar, etc. El desafío que se presenta es encontrar la manera de articular esas diferencias de manera que nadie se quede afuera, siguiendo el ejemplo del poliedro que utiliza el papa Francisco. Este objetivo se puede alcanzar generando espacios de encuentro y diálogo, tanto dentro como fuera del aula, espacios donde el respeto sea la clave que nos permita alcanzar el universalismo, a través de las diferencias.

3. Valorar y fortalecer las ciencias, disciplinas y profesiones con sentido pastoral y social. Las y los estudiantes que se forman en la USAL cuentan con un plus académico y humano: formarse no solo en los aspectos teóricos de sus disciplinas, sino también en “virtud al corazón”. Se tratará entonces de fomentar la formación integral, que asuma la preocupación por superar las crisis sociales, humanitarias y ecológicas, en línea con el magisterio contemporáneo de la Iglesia y de Francisco.

4. Crear lazos entre comunidades. Las líneas de acción no solo se aplican hacia adentro de la institución, también es necesario tender puentes con otros centros educativos y/o formativos. Ponerse en contacto con otras instituciones, confesionales o no, puede enriquecer mucho la reflexión, sacando conclusiones que no solo van a beneficiar a la Universidad, sino también a los profesionales que se formen en ella.

5. Ser una comunidad al servicio. Por otro lado, los puentes también deben crearse entre las comunidades que rodean a

la Universidad; en este punto es fundamental preguntarnos de qué manera podemos colaborar con dichos contextos. En la actualidad la USAL se encuentra físicamente localizada en tres lugares: CABA, Pilar y Corrientes, tres territorios distintos, rodeados de comunidades con necesidades y problemáticas variadas, territorios donde la Universidad está llamada a colaborar, poniéndose a su servicio.

Estas líneas de acción son algunos de los caminos que encontramos para aplicar el mensaje del Evangelio, los principios de Bergoglio y enriquecer a la misma comunidad universitaria.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio. (2015). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Benedicto XVI, S. P. (2005). *Carta encíclica Deus Caritas est*. Ciudad del Vaticano. Disponible en <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>
- Bergoglio, J. (1974). *Historia y Cambio: Continuidad en el espíritu jesuítico*. Buenos Aires. Disponible en <https://www.usal.edu.ar/principios>
- Bergoglio, J. (1984). Palabras pronunciadas por el R. P. Jorge M. Bergoglio S. J. Rector del Colegio Máximo de San José, Presidente del Área San Miguel. Buenos Aires. Disponible en <https://www.usal.edu.ar/principios>
- Bergoglio, J. (1994). 20 años después. Una memoriosa relectura del documento “Historia y Cambio”. Buenos Aires. Disponible en <https://www.usal.edu.ar/principios>
- Francisco, S. P. (2013). *Exhortación apostólica Evangelii gaudium*. Ciudad del Vaticano. Disponible en <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>
- Francisco, S. P. (2015). *Carta encíclica Laudato Si'*. Ciudad del Vaticano. Disponible en <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>

Francisco, S. P. (2019a). *Exhortación apostólica post sinodal Christus Vivit*. Ciudad del Vaticano. Disponible en <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>

Francisco, S. P. (2019b). Discurso a los participantes en el foro anual “Nuevas fronteras para líderes universitarios” de la Federación Internacional de Universidades Católicas. Ciudad del Vaticano. Disponible en <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>

